

Presentación

Por Rodrigo Bazaes Nieto
Director de Arte, Cine y Teatro



Licenciado en Arte / mención Diseño Teatral, U. de Chile. Iquiqueño. Sus trabajos más destacados son a la fecha, dirección de arte de las películas "Machuca" (2005), "Fuga" (2006) y de la obra de teatro "Gemelos".

Santiago, 10 de Abril 2007.

Intentar retratar a un ser humano es difícil. Razón de esto es que el arte, y en especial el teatro, nos ofrecen cuando menos movernos en la frontera de los "personajes". Un personaje es la ilusión de una vida humana, pues la escena es -como diría con acierto Peter Brook-, "la aspiración de llegar a compactar vida, espacio y tiempo comprimido".

La tarea se dificulta aun más cuando ponemos la mirada sobre una figura que se vuelve patrimonial, es decir un personaje público, y por qué no decirlo, también simbólico. Punto de fuga donde no pocos confluirán, creyendo dimensionar las cualidades y defectos de la vida en cuestión. Este es el primer propósito del camino tomado por este trabajo, intentar reconstruir un mapa sin que pudiésemos ser testigos fidedignos, e inevitablemente proponiéndonos, también, una síntesis mitificadora. ¿Será que vamos a necesitar siempre de los mitos?. Parece que sí.

¿Quién era para mí, antes de este libro, este señor de exóticos y extemporáneos trajes domingueros?. Un hombre cuyas historias decían que alguna vez fue actor, que arrastraba una pata de palo, y que gozaba de una edad, origen y carisma legendarios. Por supuesto, para leer también entre líneas, a un ser ladino, como los mejores representantes de nuestra idiosincrasia nacional, con sus facetas de viejo verde y viejo sabio. En resumidas cuentas, hábil en hacer de vez en cuando de su propia vida una puesta en escena.

A través de una operación collage, de un ejercicio caleidoscópico, retrospectivo y testimonial, se nos revela la cara humana de un personaje, desde cierto punto de vista parodiable; pero paradójicamente "envidiable", por la admiración y atractivo implícitos, que producen aquellos que parecen haber hallado, con certeza, cierto sentido de la vida cuando la realidad se ve definitivamente más adversa para otros.

Superando lo que parece el objetivo principal de este proyecto, resulta inevitable que se nos abra el interés por ciertos episodios históricos del teatro nortino, pues estamos frente a algo más que una reconstrucción biográfica. Mucho del material que se nos presenta nos invita a la investigación, a profundizar en nuestro inmenso erario local. Rescato entonces dos aspectos: primero, que la línea divisoria entre teatro serio, circo, revista... era difusa; y segundo, que Willy

Zegarra superaba todas estas fronteras, y se movilizaba a través de una curiosidad expresa; menos conectado con un teatro cerrado, erudito, de autores y ensayos, que con la idea de lo popular y expansivo (Además, de recordar la idea del teatro nortino como teatro político).

Todos estos aspectos deberían motivar, especialmente a los hombres y mujeres que practican las artes de la representación, a rehacerse un par de preguntas fundamentales. La primera de ellas, acerca del sentido de la experiencia del teatro en un actual contexto de diversidad. Contexto que no puede si no poner dificultades, pero a la vez, resultar desafiante para reconectarnos con la segunda idea: resolver en forma práctica los cuestionamientos por la función y propósitos del teatro al interior de nuestras comunidades. Es decir, que madurado en sus búsquedas estéticas y estilísticas, el teatro encuentre sus contenidos esenciales, en forma correspondiente con las necesidades colectivas de sus espectadores.

Por ejemplo, la experiencia de Willy Zegarra da algunas claves, que podemos observar en forma cariñosa o crítica, pero que pueden resultar iluminadoras para definir la línea entre teatro profesional y aficionado, pero que nos ayuda a comprender que estas divisiones sólo confunden la naturaleza del teatro mismo.

¿Para qué sirve un libro como éste?. Rescatar nuestra memoria es algo que hace meritoria la tarea del autor, especialmente porque lo hace desde el punto de vista de su oficio, pero nos impele a recordar ciertos deberes ciudadanos. Propone un gesto imitable en la tarea de la resistencia al estado de las cosas, un paso, que por su sencillez, es al mismo tiempo social y político, pero que resulta aún más trascendente, porque es un gesto para devolvernos la mirada sobre nuestra identidad; en definitiva, nos debe servir para mirarnos a nosotros mismos.

No existen elementos prescindibles a la hora de volver a mirar, pues estos llegan como ruinas cuyas partes nos dejan imaginar el todo; y ésta una condición nada menos que extraordinaria para que la subjetividad nos devuelva nuestras cualidades creativas. Este libro, como lo han intentado otros, completa también la tarea soñada por nuestro personaje, que siempre deseó realizar un texto sobre sus recuerdos.

Respecto de esto último, quiero cerrar con el desierto. Vuelvo a pasajes que revelan las contradicciones que tuvo en algún momento este hombre con el paisaje. Una relación de amor-odio con la pampa. Pues como a muchos, que somos iquiqueños costeros, no nos es posible dejar de admitir, que nuestro imaginario y nostalgia se alimenta tanto o más del interior, que de nuestro inconmensurable océano. Lo he experimentado en carne propia ahora que llevo algunos años lejos de esta ciudad. Es entonces que recuerdo las reflexiones de un joven historiador, Manuel Vicuña, cuando se refiere a la exploración y conquista tardía del desierto chileno, afirmando que su ocupación requirió de un gran ejercicio de imaginación. Lo hace al intentar describir un territorio misterioso, hostil, larvario, preformal, de hecho, sin historia; donde

fue decidora la voluntad y la imaginación creadora de los hombres que abren rumbos, algunos hasta volverse expertos en descifrarlo. Esta misma idea hace sentido para los que amamos crear mundos sobre el escenario, sabiendo que éste será, primero que todo, la analogía de nuestro desierto y ojalá la metáfora de su conocimiento progresivo.

Y ése es el puente que tiende, una figura como Willy Zegarra, entre la vida social y la necesidad del arte para mejorar la vida. Entregado a su pasión, sobreviviendo a la muerte de los seres queridos, huyendo y regresando viejo para morir, prácticamente solo. Pienso ahora, en lo abismante que puede resultar el lecho mortuario para alguien que depositó la energía vital sobre el escenario; porque siempre son secretas las ideas que bordean los últimos pensamientos de un hombre preparado para partir. Insoslayables, el olvido, la pobreza..., la inevitable decadencia. Pero estamos hablando de uno que se las arregló para quedarse, a través de la empatía que fundó con los otros. Creo saber el por qué, porque estamos hablando de alguien que se forma del lado de la vida, donde ésta nos exige conectarnos con los demás. Lograrlo, sí que es una buena cosa, suficiente para sentirse satisfecho. Y en eso el teatro será siempre una maravillosa escuela.

Willy y todos los que aportan en este libro con soltura, honestidad y entusiasmo, le suman no sólo algo al teatro, si no a todos, a la vida y a sus asperezas. Buena lectura.

